Huitzilopochtli castiga a Conejo

Cuento popular mexicano contado por el maestro de primaria Rodolfo Serrano Chamorro

Adaptación: Miguel Espino y Eric Cristian Flores

Hace muchos, muchos años, el mundo no era como ahora y los animales eran muy diferentes. Existían los grandes mamíferos como el mamut y el rinoceronte, también vivían en aquel entonces enormes felinos parecidos a los tigres actuales, aunque con grandes colmillos, conocidos como tigre dientes de sable.

A la orilla de los ríos, ya había aldeas habitadas por humanos, que cultivaban la tierra y cuidaban rebaños de ovejas y algunas pocas vacas.

No había bosques, solo una selva inmensa, llena de vida silvestre, con muchos monos y aves. En los estanques oscuros pasaba el tiempo, más lento que nunca, quedándose dormido al lado de los lagartos y las tortugas.

También había otros animales de muchos tamaños, unos grandes y otros chicos, pero destacaba entre los más pequeños el conejo, que se parecía más a un cuyo actual. Era un animalito muy activo, muy trabajador y con un cerebro privilegiado, que le permitía estar siempre alerta y escapando de sus depredadores.

Una mañana, cansado de escapar y vivir siempre con miedo, el conejito miró al cielo y decidió invocar a todos los dioses del cielo, pero ansiaba hablar sólo con uno: Huitzilopochtli, dios azteca del Sol y de la guerra. Y aunque durante mucho tiempo nada pasó, Conejo era muy persistente, así que insistió llamándole, una y muchas veces, hasta que la luz del día se volvió deslumbrante y consiguió estar frente al dios del Sol.

-“¿Qué es lo que quieres?", dijo el dios, con una voz grave y fuerte, que retumbó por toda la selva y lo manifestó en toda su grandeza.

“Señor, mírame; a muchos animales les diste grandes cuerpos y fuerzas descomunales, a otros les diste fiereza, fauces y garras para defenderse y atacar a sus presas… y, mírame a mí, sólo tengo un cuerpo pequeño y mis patas son tan suaves y enclenques, que apenas puedo sobrevivir, huyendo casi todo el tiempo… Y ya que me lo preguntas, quiero que me des un cuerpo grande, muy fuerte y fauces y garras afiladas como navajas, para pelear.”

-Reflexivo, Huitzilopochtli dijo: “Muy bien. Podría darte lo que pides, pero antes tendrías que pasar una serie de pruebas y desafíos que demuestren que eres digno merecedor de lo que exiges”.

-“Lo que tú ordenes, Señor, siempre estoy listo para entrar en acción", dijo Conejo.

“Tendrás que traerme una piel de mono, una piel de tigre y una piel de lagarto. No te prometo nada, así que ya veremos si eres capaz de demostrarme tu valor y tu ingenio", dijo Huitzilopochtli, que se desvaneció poco a poco y dejó a Conejo un poco mareado… sin embargo, en su cerebro ya tenía los planes de cómo conseguir lo que el dios de la guerra le había encomendado, para hacerse merecedor de aquel grandioso regalo.

Así, con la persistencia que lo caracterizaba, Conejo se dirigió a toda velocidad a la aldea más cercana, robando a los humanos un cuchillo de obsidiana, una piedra pulida como espejo, una pasta de grasa de algún animal, que parecía jabón, y ocultando todo en el hueco de un tronco seco, se puso manos a la obra.

Esa misma tarde fue a internarse en la selva y cuando localizó un grupo numeroso de monos, colocó la piedra pulida, que hacía las veces de un espejo pequeño, colgando en la rama de un árbol.

Comenzó a silbar una melodía para llamar la atención y asegurarse de ser visto por los monos, quienes curiosos, como muchos humanos, no perdieron detalle de lo que hacía Conejo: en una vasija hizo espuma de jabonadura, se colocó delante del espejo y se llenó la barba con la jabonadura. Se afeitó con el pequeño cuchillo de obsidiana que había conseguido y al terminar, lo pasó por su cuello, pero por el lado que no tenía filo. Dejó todo lo preparado tal y como lo había usado, se lavó y secó la cara y se alejó del lugar.

No pasó ni un minuto para que un mono bajara de su rama favorita y se pusiera a imitar, tal y como también lo hacen ahora muchos humanos, todos los movimientos de Conejo: se llenó la barba de espuma, se afeitó delante del espejo y al terminar de afeitarse, ¡juish! se pasó aquella filosa daga por el cuello, pero, ignorante, lo hizo por el lado con filo y ahí mismo cayó muerto.

Conejo, quien estaba escondido atrás de unos arbustos, rápidamente se acercó y desnudó al mono, enrolló su piel y la llevó a esconder en el hueco del árbol seco.

Esa misma noche, fue a la aldea y sin hacer ruido ni alertar a los perros, consiguió una oveja y la llevó a la selva donde sabía que merodeaba un tigre. Como pudo cavó una fosa y la llenó de gruesas ramas afiladas, apuntando al cielo, cubrió la trampa con ramas secas y hojarasca y a un lado ató la oveja, que no dejaba de balar. No tardó mucho en aparecer el tigre, atraído por el olor de la oveja y sus balidos, acechó por un momento y de pronto, se abalanzó sobre la oveja, pero al pasar por la trampa, cayó y se hirió de muerte, con las puntas de las ramas afiladas como lanzas.

La ovejita se salvó y cuando llegó Conejo, la desató y la dejó regresar a la aldea, para después de asegurarse que el tigre estaba muerto: también le quitó la piel y se fue a guardarla, ya sabemos dónde.

Al otro día, cuando el sol calentaba la orilla del estanque, se apareció Conejo con una piedra pintada de colores como si fuera una pelota de playa y empezó a gritar: “¡Lagarto, lagarto! Ven, ven a tomar el sol y a jugar a la pelota.”

Desde el fondo del estanque, Lagarto escuchó el llamado de Conejo y quiso dormir otro rato, pero no pudo, Conejo no dejaba de llamarlo a gritos, así que salió del estanque y le dijo a Conejo:

-¿Cómo pretendes que juegue contigo, si yo no sé jugar a la pelota?

“Es muy sencillo”, le replicó Conejo, “yo me subo a este pequeño montículo de tierra y dejo caer la pelota hasta donde tú estás, yo bajo y tú me regresas la pelota.”

Por fin, Lagarto aceptó y tomó su posición para recibir la pelota. Pero no esperaba que Conejo dejara caer la pelota en el nacimiento de su cola, donde dicen que es el lugar más débil de los lagartos, lo que hizo que le diera un dolor terrible y murió.

Tras obtener la piel del lagarto, Conejo juntó las pieles de los tres animales, subió al monte más alto y pidió nuevamente hablar con Huitzilopochtli. Asombrado de ver que había cumplido con lo que le había encargado, lo hizo esperar un buen rato, pero Conejo era paciente y supo esperar, así que cuando estuvo en presencia del dios, le dijo: "Señor Huitzilopochtli, me pediste la piel de tres animales y aquí están, a cambio te pido que me des un cuerpo grande, fuerte y unas fauces enormes y garras afiladas, para sobrevivir".

Y Huitzilopochtli, que nunca antes había experimentado ni miedo ni asombro, quedó tan impresionado que miró fijamente al pequeño Conejo, y le dijo con serenidad: "Si siendo pequeño de tamaño, eres capaz de engañar y derrotar a animales que te superan en fuerza y armas, si te diera lo que me pides, tal vez yo no sería el Dios de la guerra ni del Sol".

Así que para alejarlo lo más posible de sí, y no volver a encontrarse con él jamás, el dios tomó a Conejo por las pequeñas orejas, le dio varias vueltas y lo lanzó contra la Luna con tal fuerza, que al chocar en su superficie, le crecieron las patas traseras y le quedaron los ojos saltones y su silueta quedó grabada, para que todos podamos verla, en las noches de luna llena.

FIN

Para ser contada en noches de Luna llena, a los niños, con enseñanzas sobre las cualidades de cada persona, pero también la aceptación y reconocimiento de nuestras condiciones.